EL RUMANO, IDIOMA ROMÁNICO

Marius Sala

Instituto de Lingüística de Bucarest

Mi profesor Alexandru Rosetti iniciaba su famoso libro *Istoria limbii române* con lo comúnmente conocido como la definición genealógica del rumano: “El rumano es el latín hablado ininterrumpidamente en la parte oriental del Imperio Romano, que abarca las provincias danubianas romanizadas (Dacia, Panonia del sur, Dardania, Moesia superior y Moesia inferior), desde el momento de la penetración del latín en estas provincias hasta nuestros días”. En otras palabras, el rumano es, lo mismo que las demás lenguas hermanas (sardo, dálmata –hoy desaparecido–, italiano, retorromano, francés, occitano, catalán, español, portugués), un idioma romance [(o neolatino)]. Al igual que las demás lenguas románicas indicadas, éste continúa la estructura del latín, pero, claro está, con muchos cambios ocurridos en la evolución natural a la cual está sometido cualquier idioma en su desarrollo. [Por ello, el rumano actual difiere tanto del latín. “La lengua rumana de hoy es el latín mismo, en 1939 –escribía Pușcariu en *Limba română* 1, pág. 183 (publicado en 1940)–, con las modificaciones surgidas a lo largo de los siglos, así como la piel de nuestro cuerpo es la piel con la que nacimos, del mismo color y con las mismas señales o lunares, como en la infancia, aunque todas las células han sido renovadas en el transcurso del tiempo”].

Diferencias frente al latín hay en todos los idiomas románicos. Ciertas son comunes a todos, ótras a un grupo, otras específicas a un solo idioma, lo que explica las discrepancias que existen entre ellos. Insistimos en esta observación para subrayar la idea de que, al explicar la evolución del rumano, idioma románico, es necesario tener en cuenta lo que pasó en los demás romances, continuadores, como el rumano, del latín. Menospreciar la situación del occidente de la Romania puede llevarnos a formular algunas explicaciones, si no totalmente erróneas, al menos aptas para sufrir correcciones agudas. Por eso apreciamos que está bien que esta presentación se inicie con la definición del objeto investigado, en nuestro caso el rumano, e indique sus principales rasgos característicos desde un doble enfoque: histórico, mediante la relación del rumano con la lengua de la que procede (el latín), y comparativo, mediante la relación del rumano con los demás romances. Dicho de otro modo, presentaremos lo que le sobra al rumano y lo que le falta, y trataremos de ver en qué medida los hechos respectivos se encuentran en otras lenguas románicas.

Para explicar las diferencias entre el latín y el rumano hay varias modalidades. A continuación, proponemos un método de enfoque que parta de dos ideas fundamentales del *Curso de lingüística general* de F. de Saussure, el padre del estructuralismo lingüístico. Estas son:

- la lengua es una estructura;
- la lengua es un hecho social.

La primera aserción implica el hecho de que las transformaciones sufridas por esta estructura se pueden deber igualmente al modo en que ella se organiza, concepción básica del estructuralismo practicado por A. Martinet. Resulta de lo de arriba expuesto que, al explicar la evolución románica (del rumano inclusive), preferimos partir de las tendencias atestadas en el latín o en otro romance, antes de recurrir a las influencias externas.

La idea de que la lengua es un hecho social es muy importante, porque supone la investigación de la evolución de una lengua en función del desarrollo sociolingüístico de la población que la habla. [Al examinar este desarrollo, se comprueba obviamente que las influencias entre idiomas están determinadas no por razones cuantitativas, como el número de hablantes, sino por razones sociales, históricas y culturales, que son varias y completas]. En nuestro caso concreto hay que tener en cuenta las relaciones del rumano con la historia y la cultura de los rumanos. La relación del rumano, idioma románico, con la historia y la cultura de los que lo hablan, a saber, de los rumanos, es de hecho la historia misma del rumano.

Antes de presentar los hechos a través de los cuales el rumano difiere del latín, resultan necesarias y, evidentemente, breves, algunas consideraciones sobre la historia y la cultura de los rumanos, que han podido influir en la evolución del idioma que hablamos.

Al aceptar la definición genealógica del rumano, las consideraciones históricas deben iniciarse con informaciones sobre el proceso de romanización de la Dacia; en concreto, consideraciones sobre cómo se extendió el latín a esta provincia romana. La posición geográfica, al margen de la Rumania, y la historia del pueblo rumano, que se desarrolló durante muchos siglos sin conexión con el oeste de la Rumania, explican las peculiaridades específicas del rumano actual.

Una vez ocupada la Dacia por los romanos (106), el latín se convirtió en el idioma oficial de la provincia y era utilizado como idioma de la administración, del ejército y de los comerciales latinohablantes. En latín se entendían los colonos llegados de diversas provincias del imperio; entre ellos había ex soldados, transformados en *veterani*, establecidos en la Dacia, donde se les había concedido terrenos. La población autóctona, que desconocía el latín, lo utilizó al principio en una forma rudimentaria, y continuaba hablando su idioma

materno (el latín era para ellos una lengua de comunicación secundaria). El uso del latín era el único medio de los autóctonos de entrar en contacto con la nueva administración. Con el tiempo, en esta zona como en el Occidente, el latín con su prestigio de lengua imperial, llegó a ser el principal medio de comunicación en perjuicio de las lenguas indígenas que fueron abandonadas. El latín era una lengua de cultura, a diferencia del dacio (la cultura de los dacios era de tipo oral). La ventaja del latín era la de tener una escritura empleada para transmitir las decisiones de la administración, para explicar cómo debían ser cumplidas y para registrar compraventas, cuando se trataba de personas en vida, o para comunicar con los difuntos, en las inscripciones funerarias. A medida que el latín se generaliza, las diferencias entre la lengua utilizada por los latinohablantes y la utilizada por los aborígenes se reducen sensiblemente. Es así como se produjo la romanización lingüística de la Dacia, que es, esencia, un hecho de historia social. La adquisición del latín por las poblaciones autóctonas hizo que éste sufriera ciertas modificaciones, gracias a las cuales el latín de esta parte aislada del imperio se diferenciaba del latín de otras provincias del Imperio Romano. [Las opiniones sobre la importancia de los cambios debidos a las lenguas autóctonas varían, desde las exageraciones que atribuyen todo lo que no existía en el latín a la influencia del sustrato, hasta la negación del papel del mismo]. Después de la transformación del latín en rumano, fenómeno establecido alrededor del siglo VIII, al igual que para los demás romances, se constituyó el pueblo rumano, siendo el elemento idiomático un factor determinante en fijar los rasgos característicos a través de los cuales el nuevo pueblo formado se oponía a las poblaciones vecinas. La unificación lingüística se sobrepone a la étnica, realizada a lo largo de varias generaciones; ya no se trataba de romanos y de dacios, sino de rumanos. Este nuevo pueblo entró en contacto con diferentes poblaciones que se asentaron durante el período de su formación o posteriormente en el territorio de la ex Dacia y en las regiones contiguas. No todos estos contactos han dejado huellas seguras en la lengua rumana. Es famoso el caso de las poblaciones germánicas de

cuya presencia en el territorio de la Ex Dacia hay pruebas evidentes (se podía mencionar la existencia de un obispado godo cuyo dirigente, Wulfila, dio la primera traducción de la Biblia a un idioma germánico), mas los lingüistas no se pusieron de acuerdo en reconocer palabra rumana alguna que fuese atribuida con certeza a la población gótica.

Entre las poblaciones del primer milenio, con las cuales los rumanos mantuvieron relaciones especiales, hay que mencionar a los eslavos, llegados a esas zonas y a la Península Balcánica en los siglos VI y VII. Ellos desempeñaron aquí el papel que tuvieron en el Occidente románico las poblaciones germánicas, establecidas en el interior o en la periferia del Imperio Romano. Tanto en el Oriente, como en el Occidente románico, estas poblaciones migratorias tuvieron destinos idénticos: en las regiones donde la romanidad fue poderosa (Dacia, Italia, Galia, Iberia), ellas fueron asimiladas por los románicos, aunque hayan tenido organizaciones estatales fuertes (el reino visigodo con la capital en Toledo; el reino longobardo en el norte de Italia, que duró dos siglos), mientras que en las regiones periféricas del imperio (territorios del Rin) o en las donde fue destruida la civilización romana (Península Balcánica), las poblaciones germánicas y eslavas, respectivamente, asimilaron a la población románica. Tanto en el primer caso, como en el segundo, las consecuencias a nivel de idioma son evidentes, en el sentido de que las poblaciones asimiladas dejaron huellas en las lenguas que adoptaron. Se habla, en el primer caso, de la acción del superestrato germánico en las lenguas románicas o eslavas, respectivamente. [La importancia que se da al papel del superestrato varía, como en el caso del sustrato, desde la exageración (E. Gamillscheg, W. von Wartburg) hasta la negación del mismo, sobre todo en las investigaciones recientes].

En la primera mitad del segundo milenio, los rumanos entraron en contacto con otras poblaciones, en general migratorias (con excepción de los griegos): los cumanos, los pechenegos, los húngaros.

Un acontecimiento histórico impactó mucho la evolución del rumano en aquella época, obligándolo a que se diferenciara aún más de los demás romances. A partir del siglo XIV, a la vez con la aparición de los primeros estados rumanos de Valaquia y Moldavia, tiene lugar una organización de la iglesia en esos territorios. Las consecuencias en el plano lingüístico fueron notables, porque el rumano no era utilizado en ciertos contextos, siendo el eslavón la lengua de los documentos administrativos y de los textos religiosos. Mientras el Occidente románico usaba el latín, en la forma conocida como el latín medieval, en esas tierras se escribía en eslavón. El vocabulario rumano estaba invadido por términos eslavos, mientras los romances occidentales tomaban términos del latín designando varias nociones y remodelaban muchas formas según el latín, lo que favorece que las lenguas románicas occidentales se parezcan más al latín. A partir de esa época y en los siglos siguientes, los rumanos entran en contacto con los turcos, que habían llegado ya desde el siglo XVI hasta el Danubio. La segunda mitad del segundo milenio está marcada por la victoria del rumano: el rumano llega a ser el idioma de las administraciones (la primera carta privada escrita en rumano data de 1521) y de la iglesia (los primeros textos rumanos fueron traducidos a principios del siglo XVI). Debido a algunos factores culturales de aquella época [(la actividad de los cronistas, de D. Cantemir y de otros sabios)], el rumano extiende sus áreas de utilización, siendo capaz de expresar ideas en cualquier campo: histórico, filosófico, jurídico, científico, artístico. La actividad de la Escuela Transilvana, que subrayaba los orígenes latinos de la lengua, y la actividad de la intelectualidad de todas las provincias rumanas, tuvieron como meta modernizar y unificar la lengua culta. Se pasa del alfabeto cirílico al latino (desde la aparición de los primeros textos escritos en alfabeto latino en el siglo XVI se llega a la oficialización del alfabeto latino en el siglo XIX). Después de un período en el cual los rumanos vivieron “de cara al Oriente” (según la frase de Sextil Pușcariu), siguió una orientación brusca hacia el Occidente, determinada por las nuevas ideas de la Edad de las Luces. La orientación hacia los pueblos

neolatinos condujo a lo que el mismo S. Pușcariu llamaba una "rerromanización del rumano". La unión de Moldavia a Valaquia (1859) y la gran unión en 1918 propiciaron la formación de una lengua literaria unitaria (lengua nacional), que alcanza una estabilidad que antes no había tenido.

Después de haber presentado la definición genealógica del rumano, los principios metodológicos propuestos para investigar su historia y una síntesis de las condiciones históricas y culturales en que se desarrolló el rumano, indicaremos en qué medida las condiciones históricas y culturales arriba reseñadas permitieron que los idiomas que entraron en contacto con el rumano influenciaron su estructura.

Cuando hablamos de la estructura de un idioma y de cómo es transmitida a otro idioma, debemos precisar diferencias entre los diversos sectores de esta estructura: mientras la morfología es la parte más estable y más sistemática de la lengua [(por esta razón en ella se funda la clasificación de las lenguas)], el vocabulario es la parte menos sistemática y más móvil, porque aparecen continuamente nuevas nociones que deben ser denominadas, paralelamente a la pérdida de interés por nociones anticuadas cuyos nombres van saliendo del uso.

En el paso del latín a los romances tuvo lugar una serie de transformaciones del vocabulario, cuyas consecuencias se encuentran en todos los romances. A. Ernout comprueba que en el latín se dio una tendencia de simplificación, cuyos resultados fueron la desaparición de los arcaísmos y de las anomalías a favor de las formas reguladas, a veces de origen coloquial y popular. Se comprueba igualmente una tendencia de reducción de los dobles sinónimos y de una anulación de los matices de sentido. El resultado de esta situación fue que el vocabulario empobreció, llegándose a que cada romance heredara del latín un número casi igual de voces (más de 2,000). De éstas, unas 500 se transmitieron a todos los romances.

Forman parte de esta categoría los nexos gramaticales (*ille, magis, meus, per*) verbos con valores múltiples y generales (*do, facio, habeo*), adjetivos (y adverbios) con valores generales (*bonus, calidus, directus, mane, novus, etc.*), numerales (*decem, duo, mille, novem, unus*), términos referentes al hombre (*homo, mulier*) y a las partes del cuerpo humano, órganos y funciones (*audio, barba, caput, dens*), a la familia (*filius, frater, parens*), a la vida afectiva (*anima, rideo*), a la salud y enfermedad (*dolor, tussis*), términos referentes a la ropa, vivienda o alimentación (*camisa, casa, cena*). Son panrománicos varios términos relativos a la naturaleza: el universo y el tiempo (*annus, aqua, caelum, focus*), la configuración de la tierra (*campus, mare, petra*), nombres de colores (*albus, niger, viridis*). Un número importante de palabras panrománicas se refieren a las terminologías especiales –agricultura y ganadería: *flos, vinum, bos, caballus, capra, lana, lupus, piscis, serpens, vermis*; oficios: *fusus, mensa, mola, rota, saccus, vendo*; el campo militar: *arcus, arma*; el área de la religión: *ángelus, deus, pascha, peccatum*; las relaciones político-sociales: *dominus, lex, pax, vicinus*. Se puede notar que todas son palabras importantes, frecuentes. Y así lo fueron durante toda la historia de los romances, hecho que explica su conservación hasta nuestros días en toda la Romania.

Las más numerosas palabras latinas se conservaron en algunos romances (de 2 a 8): hay, por ejemplo, voces que se conservaron solamente en rumano y en los idiomas ibero-romances (lat. *formosus* > rum. *frumos*, esp. *hermoso*, port. *formoso*; lat. *fervere* > rum. *fierbe*, esp. *hervir*, port. *ferver*; [lat. *angustus* > rum. *îngust*, esp., a. port. *angosto*] son sólo algunos ejemplos). Por fin, hay vocablos latinos que se transmitieron a una sola lengua románica; en el caso del rumano, su número es de casi 100 (*ager* “ágil”, *cântec* “canción”, *ferice* “feliz” *împărat* “emperador”, *linguŭa* “cuchara”, *oaie* “oveja”). Esta categoría fue mencionada por S. Pușcariu; en su famoso discurso de recepción en la Academia Rumana, trató de explicar la conservación de algunas de estas voces por las condiciones de vida de los rumanos (en rumano se conservó la *lingula* del cam-

pesino romano, mientras *cochlearium*, la cuchara con la que los ricos comían caracoles y huevos o tomaban medicinas, se transmitió a las lenguas románicas occidentales – fr. *cuiller*).

No menos interesantes resultan las explicaciones dadas a la desaparición de ciertas voces latinas en el rumano, relacionadas con las mismas condiciones cultural-históricas. Se da el caso de una categoría de casi 200 palabras existentes en todas las lenguas románicas, pero ausentes en rumano, y que ayuda a caracterizar negativamente el rumano. Este grupo de vocablos es complementario del grupo procedente, el de las voces existentes exclusivamente en rumano. La mayoría de estas palabras son términos técnicos de varias profesiones (marina: *ancora*, *navis*, *portus*; ejército: *lances*; comercio: *alumen*, *purpura*), o de civilización (*ars*, *lectus*, *littera*), reflejando el cambio profundo de los oficios, así como la interrupción del contacto con el mundo occidental. No se encuentran siempre explicaciones para la desaparición de ciertas palabras latinas en rumano. ¿Por qué y cómo fueron reemplazados los vocablos como los que designaban nociones como “gallo” [(*rum. cocoș*)], “querer” [(*rum. a iubi*)], “querido” [(*rum. drag*)], “caro” [(*rum. scump*)]? Hay muchas preguntas sin respuesta.

Hemos indicado arriba que, en general, los términos latinos son importantes, en el sentido de que son los más frecuentes; tienen una rica carga semántica y cuentan con muchos derivados; ocupan, pues, una posición central en la estructura del léxico rumano. Estas tres características constituyeron la base de una investigación comparativa del léxico románico, elaborada en el Instituto de Lingüística de Bucarest (*Vocabularul reprezentativ al limbilor romanice*, Bucarest, 1988), en que los romances han sido comparados a nivel de su vocabulario básico actual, integrando alrededor de 2500 palabras para cada idioma. Comprobamos que en rumano, al igual que en los demás romances, los términos heredados del latín ocupan el primer rango, es decir, el mayor peso (en el vocabulario representativo del rumano – 30%).

Recordamos que el latín de las provincias danubianas fue adquirido por los traco-dacios simultáneamente con su romanización. De esta población autóctona, como ocurre también con el latín en las demás regiones del imperio, se conservaron alrededor de 80 palabras, que designaban sobre todo realidades características a las regiones respectivas (nombres de plantas y animales, etc.). De éstas, 23 fueron seleccionadas en el vocabulario representativo rumano (por ejemplo: *brad* "abeto", *buză* "labio", [*ghimpe* "pua"] *groapă* "hoyo", *gușă* "papera", *mal* "ribera; borde", [*murg* "caballo zaino"] *vatră* "chimenea; hogar"). [Su número representa en el vocabulario representativo del rumano sólo el 0,96%].

El latín de las provincias danubianas se desarrolló en contacto con el antiguo griego. En una fecha difícil de establecer, una serie de antiguas palabras griegas penetraron en el latín danubiano y de éste se transmitieron al rumano (ellas no están atestadas en los romances occidentales): *broatec* "rana", *stup* "colmena".

Hemos indicado que no se ha llegado a un acuerdo entre los lingüistas respecto del elemento léxico germánico penetrado en el latín danubiano. El elemento germánico tuvo un papel destacado en los romances occidentales, siendo considerado como el superestrato de estos idiomas (se insiste especialmente en el elemento franco, en francés). En rumano, el papel del superestrato lo desempeñó el eslavo (cabe mencionar que se trata de la influencia del eslavo antiguo y no de las palabras procedentes más tarde de los idiomas eslavos vecinos: el búlgaro, el servio, el ucraniano, el ruso). El número de estas palabras antiguas eslavas es grande, perteneciendo a los más diversos campos semánticos. Muchas de las voces respectivas ocupan una posición importante en el léxico rumano, 233 se dan inclusive en el vocabulario representativo rumano: *boala* "enfermedad", *bogat* "rico", *ciocan* "martillo" *citi* "leer", [*clește* "alicates"] *cocoș* "gallo", *comoară* "tesoro", [*cosi* "segar"] *coș* "cesta", *drag* "querido", *iubi* "amar", *nevasă* "esposa", etc. Cabe señalar que este elemento eslavo ocupa el

rango IV en el vocabulario representativo rumano, al igual que el elemento germánico en el vocabulario francés (y occitano).

La evaluación de los elementos antiguos eslavos del rumano adquieren nuevas dimensiones, si se examinan las unidades léxicas empleadas por varios romances para designar las nociones para las cuales el rumano tomó en préstamo los términos eslavos. El primero en llamar la atención sobre este hecho fue W. Meyer-Lübke, el padre de la lingüística románica comparada, en su famoso discurso ante la Academia Rumana (*Rumänisch und Romanisch*, Bucarest, 1930). Recientemente, Sanda Reinheimer Ripeanu, [en un artículo rico en ideas] ha analizado todas estas situaciones y ha averiguado que al término eslavo del rumano le corresponde en los romances occidentales un vocablo de origen germánico: *bogat* -fr. *riche*, it. *ricco*, esp., port. *rico*; a *păzi*, [a *păstra*. - it. *guardare*, fr. *garder*, esp., port. *guardar*]; y en otros casos un préstamo (cultismo) del latín: nombres de plantas, como *știr* “amaranto”, [*bujor* “peonia”] o de animales (*râs* “lince”, *lebădă* “cisne”), como también términos abstractos como *prilej* “ocasión”, [*pricină* “motivo”] de origen antiguo eslavo en rumano, tienen en los romances occidentales correspondientes prestados del latín. Esto indica que ciertos tipos léxicos latinos comprobaron ser incapaces de resistir ante los competidores aparecidos en la época del bilingüismo o sencillamente no tuvieron la suerte de sobrevivir y fueron reemplazados [por vocablos que demuestran la creatividad léxica del hablante (lat. *lucius* fue reemplazado por *știucă* en rumano y por una creación metafórica -brochet- en francés)]. La aportación maciza del elemento eslavo antiguo al léxico rumano no ha afectado la estructura latina del mismo, aunque con estas palabras el rumano difiere mucho de los demás neolatinos.

Una parte importante de las palabras de origen eslavo penetraron en el dacorrumano no por el contacto directo con los eslavos, sino por vía cultural, por la iglesia y la administración, y son, pues, términos relacionados con estas dos

actividades (*evanghelie* “evangelio”, *vornic* y *stolnic* “nombres de dignatarios, en el pasado”). [Estos eslavonismos no son el resultado de las relaciones entre los rumanos y los eslavos, sino que indican la influencia, en dirección vertical, de una clase dominante sobre otro pueblo]. Según ya hemos dicho, esta influencia se parece al influjo del latín sobre los romances occidentales. S. Pușcariu ofrece una observación interesante, indicando que, si se compara el “Padre nuestro” rumano con el francés, se comprueba que precisamente los latinismos existentes en la oración francesa (*sanctifier*, *volonté*, *offense*, *tentation*, *delivrer*) son eslavonismos en el rumano (*sfinti* “santos”, *voie* “voluntad” *greșeală* “falta, error”, *ispită* “tentación”, *izbăvi* “librar”). Queda una gran incógnita: ¿cuáles eran los vocablos latinos heredados, empleados por los rumanos antes de la aparición de términos como *evanghelie* “evangelio”, *călugăr* “monje”, prestados del eslavón? Como era el “Padre nuestro” antes de la influencia del eslavo antiguo?

Las poblaciones que pasaron o se asentaron en estos sitios en la primera mitad de primer milenio no han dejado huellas importantes. De los pechenegos y de los cumanos quedan especialmente nombres de lugares o de personas (*Basarab* / -ă) y poquísimos nombres comunes (*dușman*) “enemigo”, [*beci*] “sótano”). Más numerosas son las palabras de origen húngaro; de éstas 33 [(= 1,27%)] han sido seleccionadas en el vocabulario representativo rumano (por ejemplo, [*cheltui*] “gastar”, [*fel*] “manera”, [*gând*] “pensamiento” [*hotar*] “límite, frontera”); pero la mayoría son préstamos tardíos ocurridos en las hablas rumanas de Transilvania.

Un lugar especial ocupan en rumano las palabras de origen griego, porque ellas han penetrado en este nuestro idioma por tres vías diferentes. Ya hemos mencionado que ciertos vocablos griegos penetraron en el latín danubiano. El segundo estrato procede del griego bizantino ([*folos*] “provecho, utilidad”, [*lipsi*] “faltar”). Por fin, hay un estrato más reciente de voces prestadas en los siglos XVII y XIX, sobre todo en la época fanariota ([*chivernisi*] “ahorrar”, [*stafidă*] “pasa”).

El léxico rumano se enriqueció también con palabras prestadas del turco, siendo el estrato más antiguo el de los siglos XV-XVII. Se trata especialmente de nombres de plantas ([*arpagic*] “cebollino”, [*dovleac*] “calabaza, calabacero”, [*salcâm*] “acacia”), de animales ([*catâr*] “mulo”), términos referentes al hogar ([*dulap*] “armario”, [*odaie*] “aposento”, [*tavan*] “techo, tejado”), a la ropa ([*basma*] “pañuelo”, [*ciorap*] “calcetín”), y a la comida ([*ciorbă*] “sopa agria”, [*halva*] “turrón turco”, [*sarma*] “relleno de carne”), a oficios ([*dulgher*] “carpintero”) y al comercio ([*cântar*] “peso, balanza”). La vida intelectual ha quedado fuera del contacto secular con los turcos: no existe palabra que nombre noción abstracta alguna, y ni siquiera un verbo. En el vocabulario representativo rumano hemos registrado 18 palabras de origen turco, [lo que representa el 0,69% del total] (por ejemplo, [*cioban*] “pastor”, [*geam*] “ventana”, [*sobă*] “estufa”, [*tutun*] “tabaco”).

Los diversos contactos de los rumanos con las poblaciones de esta parte europea (búlgaros, servios, ucranios, rusos, polacos) se pueden deducir de las palabras prestadas en rumano. Estos vocablos son, las más veces, elementos periféricos, y se dan con más frecuencia en las hablas que mantuvieron contactos con los idiomas respectivos.

Además el rumano amplió abundantemente su inventario actual con préstamos del francés, italiano, latino —fenómeno denominado por S. Pușcariu ‘la rerromanización del rumano’. Esto fue posible por la eliminación de los antiguos términos prestados por vía culta: se dice *secol* “siglo” además de *veac*; *insulă* “isla”, *spion* “espía” en lugar de *ostrov* e *iscoadă*, respectivamente; [*bazin* “estanque” en lugar de *havuz*]. El departamento de lenguas románicas del Instituto de Lingüística “Iorgu Iordan”, en colaboración con la Facultad de Lenguas Extranjeras de Bucarest, elaboró un diccionario de palabras latinas cultas de las lenguas románicas, que permiten comparar el elemento latino culto del rumano con el de los demás idiomas románicos. La influencia francesa contribuyó de manera especial al reemplazo macizo de los antiguos términos en ciertos

lenguajes (por ejemplo, *dată* “fecha”, *deja* “ya”, *destin* “destino”, *discuta* “tratar; debatir”) en los cuales penetraron posteriormente términos del alemán (*spital* “hospital”, *turn* “torre”) y del inglés. El número de las palabras francesas en el vocabulario representativo rumano es muy grande (193, representando el 7,47% del total del mismo) y, si tomamos en cuenta también la etimología múltiple (muchas palabras penetraron no sólo por el francés, sino también por el italiano, e inclusive por el latín), su número llega a 571, es decir al 22,12%.

Las diferentes influencias léxicas, aunque numerosas en el transcurso de la historia de los rumanos, no han afectado mucho la posición del elemento latino heredado. Se puede afirmar, al contrario, que los numerosos préstamos han generado la constitución de ricas series sinonímicas, permitiendo expresar matices varios, en los casos en que en otros romances hay sólo equivalentes aproximativos.

A diferencia del vocabulario, la estructura gramatical del rumano es latina casi en totalidad. No se puede formar una oración sin el uso obligatorio de los elementos latinos, representados en primer lugar por las preposiciones y conjunciones: *cu* “con”, *de* “de”, *în* “en”, *pe* “sobre”, *și* “y”, etc. Son latinos también los interrogativos a los cuales respondemos al construir una oración compleja: *ce* “qué”, *cine* “quién”, *care* “cuál”, *cum* “cómo”, *unde* “dónde”. Las diferencias frente al latín son, las más veces, el producto de la continuación de ciertas tendencias de clarificación y simplificación manifestadas ya en la edad tardía del latín. Hay diferencias frente al latín que son, en principio, simplificaciones comunes a todos los idiomas románicos y que amplifican las mismas tendencias como en el proceso de rromanización del léxico de que ya hablamos: la reducción de las formas complicadas del sustantivo y del adjetivo, el desarrollo de un artículo definido e indefinido, la simplificación de la correspondencia temporal en las oraciones subordinadas, la simplificación del uso de los casos requeridos por las preposiciones y por los verbos. No siempre las tendencias respectivas se han realizado en la

misma medida en rumano como en los demás romances: comparado con el resto de los romances, el rumano se caracteriza, por ejemplo, por una flexión nominal más rica: más desinencias de plural (ej.: *vânăt* “morado” – *vineți*), formas casuales distintas para el genitivo-dativo singular femenino frente al nominativo-acusativo (*a unei*) *case* “(de una) casa”, (*a unei*) *vulpi* “(de una) zorra”, frente a *casă* “casa”, *vulpe* “zorra”, y formas especiales de vocativo (*bărbate*, para el masculino). Lo mismo ocurre con la flexión del pronombre personal, que tiene más formas que cualquier otro idioma románico: dos series de formas de dativo y acusativo, una tónica y otra átona, [a las cuales se añade el hecho de que la forma átona de acusativo en *-ne* en ciertas personas (*mine*, *tine*, *sine*) es inexistente en otros romances]; las formas de dativo (*lui*, *ei*, *lor*) tienen correspondientes sólo en algunos idiomas románicos.

Todas las desinencias verbales son heredadas del latín. En ciertos verbos denominativos de primera conjugación, en las personas I - III singular y en III plural, aparece *-ez* (*lucrez* “trabajo”, *lucrezi* “trabajas”, *lucrează* “trabaja”). Al igual que en otros idiomas románicos, el futuro y el perfecto son analíticos; apareció un nuevo modo – el condicional.

Hay diferencias frente al latín que resultan innovaciones propias del rumano: la creación del artículo posesivo [*al*, *a*, *ai*, *ale*, *alor*] y del demostrativo (*omul cel bun*, *cartea cea frumoasă*, [*nepot al mamei*, *carte a elevului*, *case ale tatălui meu*]), la tendencia a acumular varios medios destinados a marcar una categoría gramatical (alternancias fonéticas en el tema + afijos gramaticales), aparecida posiblemente gracias al hecho de que el rumano ha sido sobre todo un idioma popular hablado: *frumos* “hermoso” – *frumoasă* “hermosa”; *albastru* “azul” – *albaștri* “azules”; [*vânat* “morado” – *vineți* “morados”].

Ciertas diferencias frente al latín han sido explicadas sea como evoluciones internas, sea como influencias externas, comúnmente eslavas. El ejemplo típico es la conservación del género neutro. Recientemente, este fenómeno ha sido explicado

[por I. Fischer] como una reorganización ocurrida en el latín tardío, que, en el plano del contenido, va hacia la inclusión de los inanimados, y, en el plano de la forma, obtiene dos nuevas marcas, la terminación *-ora*, llegada a ser específica, y la concordancia gramatical entre el sustantivo y adjetivo femenino. [No es necesario, pues, recurrir a la influencia eslava, como lo hizo Al. Rosetti].

Hay rasgos gramaticales que acercan el rumano a las lenguas de la Península Balcánica, pertenecientes a familias diversas (búlgaro, albanés, neogriego): la proposición del artículo definido, la formación de los numerales cardinales compuestos del tipo *unsprezece* “once” o *douăzeci* “veinte”, el uso frecuente del conjuntivo en lugar del infinitivo y el dativo posesivo. Para el primero de estos fenómenos —la posposición del artículo definido— se propuso una explicación interna. En cuanto a los numerales del tipo *unsprezece*, considerados normalmente como una influencia del eslavo antiguo, I. Fischer propone además el hecho de que en su base están las fórmulas analíticas latinas *unus super decem* (literalmente, “uno sobre diez”). [Estas construcciones han podido aparecer sea independientemente de la situación de otras lenguas, sea como resultado de una transposición en el latín de una construcción similar del sustrato. La primera hipótesis tiene como punto de partida el sistema de anotación en la tarja, utilizado por los pastores rumanos: 11 se apunta haciendo una raja encima de las primeras diez (se sabe que el pastoreo fue la ocupación básica de las poblaciones románicas de nuestros territorios, lo que vuelve verosímil la hipótesis de la extensión de la construcción a las poblaciones vecinas). La segunda hipótesis, que supone la transposición del sustrato de una construcción similar, a pesar de que no exista prueba material alguna, no es, según I. Fischer, inverosímil; si admitimos esta hipótesis, el fenómeno debería ser datado en la primera parte del período romano, en la época del bilingüismo daco-romano, y debería ser restringido a las zonas rurales, puesto que los centros urbanos, sometidos a la escuela, no podían ignorar el sistema latino tradicional del cómputo].

En la sintaxis se destaca una innovación existente, bajo otra forma, también en otros romances, en lo que respecta la expresión de la relación entre el sujeto y el objeto directo designando una persona. A diferencia del español, donde el objeto directo está precedido, en este caso, por la preposición *a*, el rumano emplea la preposición *pe*, de origen latino igualmente: *Petru vede pe Pavel* (esp. Pedro ve a Pablo). Otra innovación sintáctica, existente en rumano y en español, es la utilización de la forma átona del pronombre personal para “fortalecer” el objeto directo y el indirecto: *l-am văzut pe el* (esp. lo he visto a él), y, respectivamente, *îi, îi se cuvine totul, i-au dat copilului* (esp. a mí me gusta más el otro).

Entre el léxico y la estructura gramatical se hallan, desde el punto de vista de este análisis, la fonética y la fonología. Ninguna lengua románica es idéntica al latín. En este caso también hay diferencias que separan los romances: las vocales ya no se distinguen por largura, esto es por la cantidad vocálica, sino por su carácter cerrado o abierto, han aparecido consonantes nuevas (las palatales y las africadas) debido a la acción de las vocales palatales sobre las antiguas consonantes latinas. Algunos de estos cambios se produjeron ya en el latín tardío. Ellos generaron obviamente modificaciones en la estructura fonológica de los romances. Una serie de oposiciones existentes en el latín ya no funcionan; en cambio aparecen otras (en las vocales, la correlación de nasalidad; en las consonantes, la correlación de plosión, localización y palatalización). Dicho de un modo más comprensible, las palabras se diferencian por otros rasgos que los existentes en el latín. Las diferencias entre varios idiomas románicos se deben al modo específico en que se ha reorganizado esta estructura.

¿Cuál es el mecanismo mediante el cual una lengua puede influenciar la estructura fonológica de otra lengua?
¿Existe una relación entre la historia social y la evolución

fonética? La respuesta es afirmativa, pero esta relación es indirecta, siendo realizada a través del vocabulario. Las palabras prestadas proceden de lenguas con estructuras fonéticas diferentes. Los fenómenos o los sonidos que no existen más que en uno de los dos sistemas se adaptan al sistema de la lengua receptora. En general, en tales casos los fonemas se desarticulan (*ü* está pronunciado *i + u*) o se identifican con un fonema existente en el sistema receptor (fr. *ü* fue expresado en rumano como *i*, en español como *u*; rum. *birou*, *biurou*, esp. *buró*). Hay casos cuando un sonido no puede ser adoptado: el *h* rumano procede del eslavo o del sustrato, como también el *h* existente en el antiguo francés procede del germánico (hoy conservado gráficamente), el *h* latino había desaparecido ya en el latín vulgar.

Después de estas consideraciones generales, comentaremos en pocas palabras las diferencias fonológicas entre el rumano y los demás idiomas románicos. No tocamos las diferencias que indican claramente una evolución fonética distinta, pero sin relación alguna con una que otra influencia externa: los africados *č*, *ǵ*, *ʈ*, *dz* se dan en rumano y en italiano, el diptongo *ie*, que procede del *ē* tónico, existe en rumano y en otros romances (español), tanto en sílaba abierta, como en sílaba cerrada.

Se conoce que el rumano tiene dos vocales neutras semejantes */ǣ/* y */i/*. Hay que notar, en primer lugar, que una vocal de timbre semejante a la del rumano existe en varias lenguas románicas (portugués, retorromano, catalán, italiano dialectal y francés). La fonologización de esta vocal, es decir su uso para diferenciar palabras y formas gramaticales, se produjo solamente en rumano. Esto se produjo debido a un hecho de índole gramatical, la posposición del artículo definido: *casa + illa* llega a ser *casa*, mientras *casa > casă*; *ă* de *casă*, la forma no articulada, se opone a *a* de *casa*, la forma articulada. Posteriormente *ă* se dio también en la posición acentuada para marcar diversas categorías gramaticales (el plural de los nombres femeninos que tiene en el tema un *a*

tónico *carte* “libro” —*cărti*; [la forma de primera persona plural del indicativo presente en los verbos de primera conjugación—*lăudăm* “alabamos”, a diferencia de la forma de imperfecto *lăudam* “alabábamos”). Una situación similar existe en portugués, donde dos formas gramaticales difieren por la oposición de *a* y *â*: *falámos* “habíamos hablado” y *falâmos* “hablamos”.

El rumano tiene los diptongos *ea*, *oa*, resultados de la influencia de la vocal siguiente sobre las vocales *e*, *o* átonas: *neagră* “negra”, *poartă* “lleva”, pero *negru* “negro”, *port* “llevo”. Diptongos similares existen en varios idiomas románicos (retorromano, occitano, dialectos italianos). Hemos explicado la aparición de estos diptongos por el fenómeno de la metafonía, que es muy difundido en las lenguas románicas (dialectos italianos meridionales, dialecto leonés, portugués); [las vocales tónicas se pronunciaban más abiertamente cuando estaban seguidas por las vocales abiertas o medias y se cerraban cuando venían seguidas por las vocales cerradas. Teniendo un campo amplio de dispersión, las variantes *ɛ* , han sido pronunciadas cada vez más abiertamente, llegándose a *ea*, *oa*. Las variantes cerradas, cuyo campo de dispersión era más limitado, continuaron pronunciándose tal como están pronunciados hoy: *negru*, *negri*].

Uno de los fenómenos fonéticos más debatidos en la historia del rumano es el rotacismo, en otras palabras la transformación de *-n-* latino en *r* [(el rotacismo aparece en algunos de los primeros textos rumanos, llamados por ello textos rotacizantes)]. Sin entrar en detalles, subrayamos que, debido al rotacismo, existe la diferencia de tratamiento entre *á* de *lana* > *lână* y *á* de *annum* (>*an*). Hemos explicado este fenómeno por la reorganización del sistema consonántico del rumano, a la vez con la desaparición de la oposición de cantidad consonántica en el latín, reorganización que fue puesta de manifiesto en los últimos decenios también para los demás romances.

Todos estos tres fenómenos fonéticos fueron explicados por nuestros antecesores por influencias externas (sustrato, superestrato). Un conocimiento más profundo de la situación del oeste de Rumania y la utilización de los métodos del análisis estructural permiten en la actualidad resaltar el carácter románico de estos hechos fonéticos típicamente rumanos.

Finalizaré mi intento de presentar una historia de dos milenios del rumano recordando que la historia social y cultural de los rumanos se ha desarrollado, hasta la época moderna, como lo notaba S. Pușcariu, “de cara al Oriente”. Los rumanos, el único pueblo latino de religión ortodoxa, no pudieron recurrir al latín, que era empleado en el Occidente románico en las escuelas, en la administración, y sobre todo, en la iglesia. Mientras los neolatinos occidentales enriquecieron su idioma a lo largo de los siglos, especialmente en la Edad Media y en el Renacimiento, con formas y giros latinos, los rumanos recurrieron al eslavo antiguo, la lengua de cultura de sus tierras. No se olvide el revés de la medalla: liberado de la presión del latín literario, que fue tan fuerte en el Occidente a través de las escuelas y de la iglesia, el rumano pudo desarrollarse libremente de acuerdo con las tendencias surgidas en el latín tardío. Así llegó a ser el rumano el más latino de los romances: no por un extra aportado por el elemento latino culto durante los siglos, sino por la evolución natural de las tendencias latinas; como afirmaba E. Gamillscheg, “el rumano, el niño separado tempranamente de su familia, conservó con gran fidelidad los antiguos rasgos familiares también en el nuevo ambiente a donde paró”. Este nuevo ambiente, que supone contactos con numerosos idiomas, no modificó sin embargo la estructura latina del rumano, incluida en el tipo románico de que habla Eugenio Coseriu.

Al finalizar, debo hacer una confesión: he presentado aquí el resultado de algunas reflexiones personales y de otros colegas de casi cuatro decenios. Estoy convencido de que el punto de vista expuesto y la perspectiva de enfocar la historia del rumano serán fortalecidos a medida que sean profundizados

aspectos de las lenguas románicas insuficientemente estudiados hasta la actualidad. Acepten esta presentación como tal y, no últimamente, como un homenaje a la historia de la lengua rumana que ha permitido y permite a los rumanos diferenciarse de los de su alrededor, en el presente y en el futuro.